

La muerte silenciada

A Susan, que me da vida

I

Hablar de la muerte hoy no está bien visto. Lo que era el sexo para el puritanismo del siglo pasado lo es ahora la muerte para nuestro creciente nihilismo: lo otro, lo prohibido, lo incomprensible, lo monstruoso, lo innombrable. Otras épocas y culturas crearon diferentes remedios y consuelos ante esta amenaza, tales como la inmortalidad del alma, la serenidad del sabio, la supervivencia en los hijos y en las obras, la inmortalidad de la especie, etc. La nuestra ha inventado la estrategia del silencio, ha aislado a la muerte, dejándola en manos de la medicina y de la psicología, pues no creemos en el alma, carecemos de sabios, desconfiamos de hijos y de obras y nos importa un bledo la especie.

Siempre se muere solo, pero hoy se muere más solo que nunca. Se nos administra la muerte como un paso más de la administración general de la vida, los médicos han sustituido a los sacerdotes como intermediarios, y en lugar de santos óleos recibimos piadosas dosis de morfina. Por todas partes parece resonar en silencio una nueva máxima, antítesis de otra con la que siempre nos amonestó y atosigó la religión, «¡olvídate de que eres mortal!». Esta nueva estrategia contra la muerte no es inocente, sino interesada, frívola y estupidizadora. En realidad es el reverso laico de la fe del carbonero: este mundo ha dejado de ser un horrible infierno para convertirse en un patio de guardería infantil. La trivialidad parece haber sustituido a la angustia, aunque de un modo engañoso, porque la angustia retorna por debajo de ese velo de silencio y hace inútil cualquier pacto contra ella.

Nada ni nadie soporta hoy la muerte, ya que resulta imposible sostener con nuestras frágiles y débiles convicciones la mirada de tan terrible e implacable enemigo. Nuestro destino ante ella es el cinismo, la frivolidad o la rebeldía impotente. Otros hombres de tiempos pasados se ejercitaron en la disciplina de la negación, se abrazaron a la muerte para endurecerse

contra ella, algunos incluso la desafiaron y domesticaron con esperanzas de salvación, pero aquella raza de atletas y domadores melancólicos se extinguió. Nosotros, en cambio, carecemos de fuerza y de esperanza, hemos dejado de ser animales metafísicos para convertirnos en animales sin más.

El silencio ante la muerte es la máscara de nuestra impotencia, el olvido de nuestra tragedia, pues la alternativa en la que nos es posible elegir resulta clara: tragedia o silencio. En nuestra época la explicación más extendida sobre la muerte es la que da la ciencia, según la cual morir es dejar de vivir. Aunque parezca mentira, esta explicación, cumbre de la sutileza y de la profundidad de los sabios de nuestro tiempo, es la que impera tácitamente en la mayoría de las personas. Hemos dejado de creer en mitos para creer en simplezas, ya no nos dejamos convencer por fantásticas narraciones, sino por palmarias estupideces. Nuestras mentes han dejado de estar gobernadas por la superstición y ésta ha dejado su lugar a la imbecilidad. Hemos cambiado en el lecho de muerte sotanas por batas, rezos por tenso y angustioso silencio, bendiciones por drogas y lenitivos, cálidas y fantasiosas palabras por tubos y máquinas. En él nos hemos quedado a solas con eso, con ella, con ello, con lo que es cuando no somos, con la mueca horrible de la nada, con la enormidad absurda de nuestro no. Estamos totalmente a solas con la muerte.

Enfrentados a su misterio, añoramos una sabiduría que nos permita mirarla cara a cara, que nos enseñe, a un tiempo, a no temerla ni merecerla, pero carecemos de ese saber y sólo nos queda la confianza en la ciencia. Ahora bien, la estafa de la ciencia consiste en que, por su esencia, ella persigue vencer a la muerte, realizar el titánico sueño del doctor Frankenstein, y mientras eso se le muestra imposible se ve obligada a disimular su fracaso. La única respuesta posible del médico ante la muerte es evitarla y, puesto que no lo consigue, debe, al menos, disimularla. Así, la vieja obsesión de tener presente la muerte (*memento mori*) ha sido sustituida por la nueva obsesión de tenerla ausente y la antigua creencia en la inmortalidad del alma tiene su triste remedo en el moderno deseo de inmortalidad del cuerpo.

Mientras tanto, la muerte sigue fiel a su cita y se ríe, implacable, de nuestro cómico silencio, de nuestro deseo de olvidar su trágico rostro. Rechazamos y tememos ese rostro trágico como se repudia aquello que nos desenmascara, como se evita una luz demasiado intensa o como se odia lo que hace temblar nuestros cimientos. Presentimos que vivir es sostenerse en la nada, pero no queremos saberlo o, al menos, preferimos olvidarlo y pensar en otra cosa. La negación de lo trágico tiene, por tanto, como origen una voluntad de engaño, es consecuencia del instinto de conservación de una época carente de vigor y de fortaleza, incapaz de sondear lo

más profundo de nuestro destino. La debilidad de esta época le impide hacerse preguntas terribles y eternas, le obliga a conformarse con la calderilla del pensamiento y le costra a una mirada superficial sobre todas las cosas.

Esa mirada renuncia a la experiencia trágica, pues sólo quiere ver cuanto puede ver sin angustiarse, selecciona y censura, clausura la tragedia en un mundo invisible y mudo. Es una mirada que se desliza sobre la realidad, que ya no se detiene a valorarla hasta el fondo, que rehúye el enfrentamiento con el lado serio de la vida porque ante él no sabe qué decir. No queremos encarar ningún enigma y, por ello mismo, sentimos en el corazón una sombra de cobardía y vivimos tristemente, frívolos y absurdos, bajo la amenaza constante de la Esfinge. Nuestro tiempo se halla, desde el punto de vista intelectual, bajo el signo de la perplejidad, que es una forma negativa del asombro, un asombro impotente. Los grandes horizontes de sentido se han derrumbado y entre los cascotes reina la confusión. Esta situación se manifiesta también, como es lógico, en el tema que nos ocupa. El olvido y el silencio social ante la muerte conviven con el retorno de lo mágico, la experiencia científica se mezcla con la esotérica y, ante la duda sobre qué será de nosotros, encendemos una vela a Dios y otra al diablo.

II

Esta situación es consecuencia de una gran mutación que se ha producido en Occidente en la vivencia de la muerte, mutación que podemos retrotraer a principios de este siglo, sobre todo en los países más industrializados y en las áreas más desarrolladas económicamente. Sin embargo, es una metamorfosis que se ha ido gestando lentamente a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX: de la muerte *anticipada* se ha pasado a la muerte *silenciada*, su administración religiosa ha sido sustituida por su administración médica, de una hegemonía explícita de ella hemos ido a una hegemonía implícita. Así, por ejemplo, el hogar ha sido sustituido por el hospital como lugar de la muerte y es el médico quien está al lado del moribundo en vez del sacerdote. La presencia pública de la muerte se ha sustituido por su ausencia y silenciamiento. Hemos hecho de ella algo oculto, sucio y vergonzoso. De ser un asunto público se ha transformado en algo privado, perdiendo, así, su dimensión social. En realidad podemos hablar de la sustitución de una estrategia por otra, del predominio de la estrategia médica frente a la religiosa.

La estrategia religiosa ha consistido siempre en anticipar la muerte como acontecimiento, en hacerla familiar y extender su presencia, mientras que la médica la convierte en algo extraño y la aísla. La anticipación de la

muerte implica su incorporación al conjunto de la vida como un momento central y esencial de ésta, haciendo del acto de morir el eje sobre el que gira nuestra existencia. De este modo, la muerte no es sólo el término de la vida, sino que toda la vida se convierte en una preparación para ella. Podemos hablar aquí de una *hegemonía explícita* de la muerte. Por el contrario, la muerte aislada y silenciada es aquélla cuyo temor no puede ser vencido ni paliado, sobre la cual no cabe triunfo alguno, salvo el olvido. Esta estrategia es fruto de un pacto de silencio y de una voluntad de ignorar. La muerte silenciada conlleva su *hegemonía implícita*, porque el silencio acaba convirtiéndose en un sordo clamor, callado e inconsciente, que hace inútiles todos los esfuerzos por borrar de la existencia su angustia. La muerte es silenciada porque resulta un hecho escandaloso, disgregador, siempre inconveniente, subversivo, del cual nuestra sociedad no es capaz de hacerse cargo, contra el cual no conoce ningún remedio real o simbólico.

La hegemonía explícita de la muerte provoca la infección de la existencia y el nihilismo más extremo, disfrazados de salud espiritual y de triunfo. Quien vive obsesionado de este modo por la muerte, siempre señalándola y recordándola, abrazado a ella, parece haber encontrado en esa inclinación una fuente de poder y hace de la presencia de lo negativo un estímulo constante de su vitalidad. Esta forma de hegemonía resulta de una perversión consistente en extraer siempre lo positivo de lo negativo: la salud de la enfermedad, la alegría del sufrimiento, la salvación de la perdición, la serenidad de la angustia, la fuerza de la debilidad. La obsesión explícita consiste en ver la muerte detrás de todas las cosas, reduciendo cualquier presencia a la suya, sintiendo a cada paso su amenazante sombra. Vivir con la obsesión de la muerte es ponerse en lo peor, ejercitarse en la angustia, la impotencia y la debilidad. Se trata de una fortaleza adquirida a través del ejercicio constante de la debilidad, de una serenidad ganada mediante la afición a la angustia.

En la otra forma de hegemonía de la muerte, la actual, implícita y silenciosa, la obsesión por ella no es reconocible por su agobiante e insultante presencia, sino por su extraña ausencia. Si en el primer caso parece estar en todas partes, en este segundo se esfuma y desaparece. El lenguaje la disfraza y no la nombra, el pensamiento la aleja de su atención, la medicina la enclaustra y la esconde, la sensibilidad no la soporta. Múltiples estrategias tienden a maquillarla y silenciarla, a cercarla y aislarla, y el resultado de tales procedimientos es que nos sentimos rodeados, amenazados e incapaces de asumir lo que ni siquiera llamamos por su nombre, sino por constantes eufemismos. La hegemonía explícita de la muerte embota la sensibilidad con su amenaza y la mantiene obsesionada con su continua presencia, produce en quien la sufre un temple fúnebre, un ánimo atemorizado; hace

de la muerte una mala repetición dentro del pensamiento, cuyo efecto es la *desvalorización* de la vida. La hegemonía implícita, en cambio, la oculta y agudiza la sensibilidad ante ella, obliga a trivializar la muerte, la aleja del pensamiento y lo incapacita para encararla, genera también, por otros medios, temor e impotencia teniendo como consecuencia la *frivolización* de la vida.

III

Desvalorizar o frivolizar la vida son dos actitudes sólo en apariencia contrarias que coinciden en someter al hombre al imperio de la muerte, haciendo de ella un fantasma despótico, pretendiendo negar y disolver falsamente la experiencia trágica de la misma. Al fin y al cabo, frivolizar la vida es otra forma de quitarle valor. Toda existencia humana tiene un fondo trágico, porque sabe de la muerte como Necesidad, pero todos los hombres no tenemos la misma actitud hacia esa experiencia trágica. Hay épocas que se sienten capaces de enfrentarse a lo trágico y de negarlo superándolo mediante ideales futuros o ultramundanos; hay otras, como la nuestra, que sólo pueden darle la espalda. Se trata, en realidad, de una cuestión de estrategia, de capacidad o de impotencia para asomarse al abismo sobre el que pende nuestra existencia. En unos casos es posible sostener la mirada hacia ese abismo, en otros casos sólo es posible apartarla de él.

El inconsciente colectivo de nuestro tiempo sabe que, puesto que no es capaz de asumir ni superar el conflicto trágico, debe deshacerse de él, protegerse contra él, negarlo y hacerlo desaparecer. Experiencias trágicas como el sufrimiento, la vejez o la muerte son disfrazadas o apartadas, recludas en el disimulo o en el silencio, camufladas con la búsqueda ansiosa de un falso placer y el ridículo anhelo de la eterna juventud. En consonancia con ello, la experiencia trágica se ha devaluado y se ha hecho subjetiva, la Metafísica ha sido suplantada por la Psicología: lo que antes era angustia existencial hoy es depresión, el desamparo se vuelve inseguridad y la nada se transforma en sorda sensación de vacío interior. Frente a una sensibilidad de las profundidades se impone una sensibilidad de las superficies, que sustituye el gesto serio ante la gravedad de la vida por el humor y la ligereza. Frente a la ética del conflicto surge una ética de la diversión y la distracción. Contra el desgarrar se busca la insensibilidad y en lugar del duelo se prefiere el juego.

Ha desaparecido el vigor ante lo terrible y enigmático y ha surgido, en su lugar, la afición hacia lo gracioso y divertido. Antígona y Edipo han sido sustituidos en nuestros corazones por Mickey Mouse y Bugs Bunny.